

Garcilaso, Coloquio y Silencio

Santiago Martín Bermúdez

Estreno: Plaza de la Constitución, Batres (Madrid), 6 de septiembre de 2003.

Música de Francisco Cano.

ELENCO

Tres intérpretes (dos actores y una actriz).

El primero de los actores personifica siempre a GARCILASO.

La actriz personifica a la mujer y a todas las mujeres. ELLA.

El segundo actor es el NARRADOR; en rigor, no narra demasiado.

Es una evocación de Garcilaso desde tres puntos de vista (el erótico, el del poeta «romanzador», el político).

En momentos precisos, se utilizan fragmentos de obras de Garcilaso, y en dos ocasiones, de poemas de Boscán.

Secuencia I

Encuentro

Música: a modo de Obertura.

Solos, GARCILASO y la mujer. GARCILASO no advierte la presencia femenina hasta que una voz le suspende.

GARCILASO.-

*Echado está por tierra el fundamento
Que mi vivir cansado sostenía.
¡Oh cuánto bien se acaba en solo un día!
¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!
¡Oh cuán ocioso está mi pensamiento
cuando se ocupa en bien de cosa mía!
A mi esperanza, así como a baldía,
Mil veces la castiga mi tormento.
Las más veces me entrego, otras resisto
Con tal furor, con una fuerza nueva,
Que un monte puesto encima rompería.
Queste es el deseo que me lleva
A que desee tornar a ver un día
A quien mejor nunca haber visto¹.*

ELLA.- ¿Mantiene vuestra merced ese decaído ánimo, mi señor Garcilaso, o sólo es reminiscencia de otros tiempos?

GARCILASO.- (Sorprendido por aquella presencia femenina, que no había advertido.) ¿Desdedónde pregunta vuestra merced en tan dulce tono? Ese acento me alivia y recupera.

ELLA.- Recitaba vueced un antiguo soneto que compuso algún día de mala pena o aciago desengaño.

GARCILASO.- Me vino bien esa pena, que es en efecto lejana, para probar si la castellana lengua tenía la dulzura de la lira de Italia. Y si no recuerdo mal, aquel día me visitó la Musa. ¿Musa es acaso vuestra merced?

ELLA.- Serlo sería más gozoso que ser lo que soy. Que soy una y la otra, y al cabo no acabo de ser. Que es mejor ser lo que se acaba, que nunca llegar a ser.

GARCILASO.- ¿Es agudeza ese aforismo? Me recuerda

¹ Soneto 26.

vuestra merced, por palabra y por donaire, una dama que olvidar no quiero. Fue aquello en Nápoles, y ella hablaba precisamente una italiana lengua.

ELLA.- Tiempo tendremos de ver lo que olvidado quedó. Mas es pronto. (**Señala al NARRADOR.**) Esotro caballero reclama la atención, y no es conforme que yo le pise la réplica.

GARCILASO.- ¿Volverá vuestra merced?

ELLA.- Volveré. Y acaso no le deleite mi regreso.

(Música. Delicada, lírica.)

Secuencia II

Querellas

En escena, los tres intérpretes.

NARRADOR.- Despierte vuestra merced, mi señor Garcilaso, que le llaman los siglos.

GARCILASO.- No sé qué os lleva a turbar mi coloquio con esa dama, ni qué siglos sean esos.

NARRADOR.- Siglos que le hacen y le deshacen a uno, mi señor Garcilaso.

GARCILASO.- Pues que esperen los siglos, que no sé qué tengan que ver los siglos conmigo, ni yo con los siglos.

NARRADOR.- Quieren saber cosas los siglos.

GARCILASO.- Si he decir verdad, no es la primera vez que me despierta un siglo. ¿Cuál es el suyo?

NARRADOR.- Yo le llamo de muy lejos, mi señor Garcilaso. Le llamo desde pasados los quinientos años de su nacimiento.

GARCILASO.- ¿Y qué quieren saber?

NARRADOR.- Saber, queremos saber muchas cosas.

Mas, así, derepente, no sé cómo empezar. Saber quieren, por ejemplo, cómo murió vuestra merced realmente. Porque nuestra noticia es que su muerte fue heroica hazaña, en defensa del Emperador Carlos.

GARCILASO.- No recuerdo mi muerte, pero sí mi herida, la que debió de llevarme a la tumba. Una herida recibida en una lucha ridícula y sin honor. No sé a lo que llama heroico el siglo de vuestra merced, pero por muy bajo que haya caído el heroísmo en esos tiempos desde los que ahora me llaman, no pueden considerar que sea heroico morir por un cacharrazo en la testuz que me infligieron un padre y un hijo ellos mismos muertos de miedo. Mejor hubiera sido para mí haber muerto un par de años antes, cuando combatí ante La Goleta con las fuerzas imperiales y recibí serias heridas en el brazo y en la boca.

NARRADOR.- Quite, quite, que entonces no hubiera escrito vuestra merced, qué sé yo, la *Elegía a Boscán*, o *Elegía por la muerte de Bernardino*, hermano menor del duque de Alba, ¡ni la tercera de sus bellas *Églogas*!

GARCILASO.- ¿Y cómo conoce vuestra merced esos pobres versos míos? Nunca di nada fuera de mis amigos y allegados.

NARRADOR.- Ya averiguará Garcilaso de dónde me viene este conocimiento. Pero mejor que, ya que murió pronto, muriera después de escribir esto y lo otro. Ya es doloroso que vuestra merced muriera ante aquella fea torre, que aún se conserva casi cinco siglos después, fuera o no fuera heroica esa muerte. Como para admitir que se nos fuera año y pico antes. Qué no habrá perdido la posteridad por marcharse tan temprano vuestra merced. Malhaya la heroicidad y hazaña que se lo llevó de este mundo.

GARCILASO.- Deje vuestra merced ese asunto, que morir así me parece indigno; y, claro que sí, morir tan pronto es muy de lamentar. Mas yo mismo dije que esa edad era edad perfecta. Es para reír de mí la mi muerte, y me huelga mucho ver que no ríen de ello en este siglo, pero de ahí a ponderarlo de hazaña, va un gran trecho. Basta, pues, de siglos y siglos, que yo tuve el mío propio, que en aquella época se numeraba XVI, y líbrenos Dios de otros siglos más tardíos.

NARRADOR.- Está bien, pero mire vuestra merced que yo intentaba librarle precisamente de su propio tiempo.

ELLA.- (Interrumpe, se la ve alborotada.) Abreviad,

buen caballero, que algo tengo que decirle yo a ese Garcilaso que Dios guarde.

NARRADOR.- ¿No lo decía yo? ¿Conoce o reconoce vuestra merced a esa dama que ahí espera vehementemente? Pues sepa que aguarda con más impaciencia que los siglos esos, y creo que con más saña. **(A la mujer.)** Doña María...

GARCILASO.- ¿Doña María?

ELLA.- Sí, Garcilaso. Soy María, y vas a ver y oír qué María soy, si es que haces como que no me recuerdas. Vengo a recordarte, Garcilaso, que fuiste desleal. Desleal a tu patria, que la patria del hombre es la tierra que le dio libertad de nacimiento. Y una cosa es la lealtad a un señor, sea el duque de Alba o sea el Rey y hasta el Emperador, y otra es la lealtad a la patria. Los hombres libres son los que son leales a su patria, los que son libres entre iguales, no simples leales a un señor. Una patria, la de la libertad. Una nación, la española. Una traición a ambas: el imperio que nos impuso Carlos.

GARCILASO.- ¿Quién se atreve a hablarme así? ¿Quién sois, señora?

ELLA.- ¿No me reconoces, Garcilaso? Yo sí sé quién eres tú, Garci Laso de la Vega, tercer hijo y segundo varón de los siete que le vivieron a don Pedro Suárez de Figueroa, señor de los Arcos que cambió su nombre por el de Lasso de la Vega; y de tu madre, doña Sancha de Guzmán, sexta señora de Batres. Paisana y vecina tuya soy. Me llamo María Pacheco, y mi esposo fue Juan Padilla, el mejor hombre del mundo. Los tuyos lo decapitaron en Villalar. **(Silencio.)** Nada dices, ¿verdad? Ese silencio es muy expresivo. Muchos, como tu hermano Pedro, se indignaron por la codicia de los flamencos que trajo el joven rey, que para desgracia nuestra fue muy pronto emperador. Pero no fue nuestra rebelión sólo por eso, o por la imposición de costumbres, ideales e idiomas ajenos; no es sólo que lo quisieran todo, se lo llevaran todo y se apropiaran de todo. Es que nosotros habíamos inventado una forma de amar a la patria que era incompatible con lo que preparaba el ideal decrepito de Carlos. No sé lo que habrá sido de España y de Castilla en esos siglos desde los que ahora nos invocan a ti y a mí, Garcilaso, pero sí puedo decir que si hay algo ajeno a lo castellano, algo que le sea más impropio, es el ideal del Imperio. Y mucho me temo que Castilla y España se hayan desviado de su destino para asumir otros destinos; y, lo que es peor, estar más tarde convencidas de que eso era el

destino suyo. Siempre tuvisteis envidia los Lasso de la Vega de mi marido, Padilla, y sobre todo tu hermano.

GARCILASO.- Dejad en paz a mi desdichado hermano.

ELLA.- Todos fuisteis desdichados, Garcilaso. Tú, tus hermanos y tus hijos.

GARCILASO.- (Alarmado.) ¿Mis hijos también?

ELLA.- Si no sabes de tus hijos, mejor será que calle sobre ellos. Tú y tu hermano militabais en bandos enfrentados, pero pronto quiso él volver al redil. No le salieron las cosas a derechas, no había recibido el nombramiento imperial al que aspiraba. Y, además, no tardó en comprender que lo de las Comunidades iba muy en serio. Que no nos íbamos a detener cuando a él le dieran ese cargo que ambicionaba. ¿Qué quería el muy taimado? ¿Que el pueblo en armas le otorgara la satisfacción y el nombramiento que no le daba Carlos? Carlos tenía bastante con despilfarrar con extranjeros lo que no le pertenecía, esto, es la riqueza de Castilla. Qué quería Pedro Lasso de la Vega sino compartir el expolio con esos extranjeros.

NARRADOR.- Doña María, ruego a vuestra merced que considere...

ELLA.- Callad, que no es justo que habléis cuando él mismo calla. Y si calla, es que tienes razones para callar. Recordad la saña con que se persiguió a la gente de las Comunidades. Recordad, en cambio, dos años después, cómo se aceptó una rendición favorable para franceses y rebeldes tras el sitio de Fuenterrabía. Qué contraste con la dureza y desenfreno de la represión de los comuneros. Carlos ponía el interés de su linaje por encima y en contra del interés de España y de Castilla.

NARRADOR.- A eso podría responderte, mujer, y la respuesta sería dolorosa...

GARCILASO.- No lo hagas, hombre de otro siglo. No lo hagas, que también yo sospeché un día que lo legítimo no era lo acertado, ni mucho menos lo justo. Serví a lo legítimo frente a ti, María Pacheco. No hace falta que ahora vengan de otro siglo para decirme que nunca fue mía la razón. Pues qué era yo, sino un contino ambicioso que buscaba protecciones. ¿Acaso en ese otro siglo son las cosas de otro modo y van los hombres por donde les guía su libre albedrío y no por donde les señala el señor que les protege y la corte que los acoge? ¿Acaso ya no son los hombres grey y no son

las casas sede?

NARRADOR.- No sé qué decirle a vuestra merced. Es todo tan distinto y todo tan parecido...

GARCILASO.- Dejadla hablar. No sé si es verdad todo lo que dice. Pero hay mucha verdad en esa forma de expresarlo.

(Silencio. Música.)

Secuencia III

Destierros

NARRADOR.- El Día de los Santos de 1522 se proclama el Perdón General para los que intervinieron en la guerra de las Comunidades.

GARCILASO.- Pero mi hermano Pedro no estaba entre los perdonados.

NARRADOR.- Hubo casi trescientos excluidos del perdón. No parecen muchos, aunque uno de ellos sea Pedro Laso de la Vega, hermano de vuestra merced. Pero es que se ha matado a demasiada gente, a lo mejor de la Comunidad, a lo mejor de Castilla. Permita vuestra merced que lo diga yo, no sea que regrese doña María Pacheco a proclamarlo, que peor sería. No se puede perdonar ya a los decapitados, a los numerosos muertos que aportó hasta el final la brava ciudad de Toledo. Algún día, al recordar a Carlos en Toledo, habrá que recordar sobre todo su crimen en esta ciudad, víctima especialísima de su extraviada idea imperial. Víctima del pecado original del imperio carolino, que se pretendió humanísimo y acabó siendo monstruoso. Esa monstruosidad la llevaba en su origen, desde esta saña contra la Castilla comunera.

GARCILASO.- Muy beligerante os veo, hidalgo. Parecéis, a fe mía, doña María Pacheco, la que me increpó. Disimulad, siquiera por cortesía, que yo defendí la Toledo de Carlos al atacar la Toledo de la Comunidad, y fui herido en la batalla de Olías.

NARRADOR.- Lo que no os valió el perdón de vuestro

hermano.

GARCILASO.- En el verano del año del Señor de 1524 volví a ver a mi hermano Pedro, que estaba desterrado en Portugal en la corte del rey Juan III. El quebranto de su destierro, la desgracia de su causa vencida, el odio de la corte flamenca toda, y de muchos castellanos, le mantenían lejos e inerme. Muy costoso fue para doña Sancha, mi madre, señora de Batres, conseguir que el mayorazgo no fuese dilapidado a favor de los arteros que supieron adular a los favoritos del Emperador. Y allí fue donde vi...
(Repentinamente, guarda silencio.)

NARRADOR.- ¿Calla vuestra merced...? Diga lo que tenga que decirnos. Diga a quién conoció allí después de abrazar a su hermano al cabo de tres años de apartamiento. Allí conoció Garcilaso a la bella Elisa. Si no fue a Galatea.

GARCILASO.- **(Asombrado.)** ¿Cómo dice vuestra merced...? ¿Qué sabe nadie de Elisa o de Galatea?

NARRADOR.- Vuestra merced escribió unos cantos muy bellos que en estos siglos seguimos disfrutando...

GARCILASO.- Basta. ¡Qué puede saberse en sus tiempos de unos versos escritos para un círculo de amigos y señores! Que sólo para unos pocos me atreví a hablar de ella.

NARRADOR.- De ella... ¿Y quién fue ella?

GARCILASO.- Si lo pregunta así vuestra merced, es porque lo sabe. Y si no lo sabe, es mejor que no lo sepa. Ni vuestra merced, ni nadie.

NARRADOR.- Puedo saberlo. Mas no tan bien como el propio Garcilaso. ¿No va a conceder hablarnos, al cabo de casi cinco siglos, de la dama portuguesa que formaba parte del séquito de la infanta Isabel?

GARCILASO.- Creo que os equivocáis de dama, hombre de otro siglo. Ya hubo equívoco en mi vida. ¿Por qué no habría de haberlo al cabo de... de cuántos siglos?

NARRADOR.- Cinco siglos desde el feliz nacimiento de vuestra merced.

GARCILASO.- Y, según eso, algo menos de cinco siglos después de que me mataran a lo tonto. Sí, a lo tonto. Quede así para ese siglo desde el que me miráis con un arbo que no acabo de comprender. Pero si os equivocáis de dama, no os equivocáis de afecto. Y, ya que os complace, hablaré de

ella como pueda, mas sin descubrirla.

(Música.)

GARCILASO.- La conocí donde se conocen los grandes amores, la conocí en el dolor del destierro de mi hermano, que por entonces también tramaba su nuevo casamiento, al haber quedado viudo. Sí, mi hermano Pedro, antaño cabecilla de los comuneros cuando éstos aún se mostraban moderados en sus peticiones, planeaba casarse una dama de la infanta Isabel. Y ahí se mezclaban el amor y la utilidad, pues era sabido que la infanta iba a convertirse en esposa del joven Emperador.

(Silencio. Continúa la música sola.)

NARRADOR.- No calle vuestra merced. Háblenos de Elisa. Háblenos de Galatea.

GARCILASO.- ¿Y cómo he de hacerlo, sino como ya lo hice?

NARRADOR.- ¿Y cómo hizo vuestra merced?

GARCILASO.- Callando.

NARRADOR.- ¿Callando?

ELLA.- (Los interrumpe. Al NARRADOR.) Callando, sí. ¿No lo comprende vuestra merced? El caballero ha de saber callar, para decir. Y para decir, ha de guardar silencio. Y para ser discreto y elocuente, ha de callar. No, no lo sabe vuestra merced. No lo sabe este siglo vuestro, que me temo que es muy vocinglero.

GARCILASO.-

*Yo dejaré desde aquí
De ofenderos más hablando,
Porque mi morir callando
Os ha de hablar de mí.
Gran ofensa os tengo hecha
Hasta aquí en haber hablado*

*Pues en cosa os he enojado
Que tan poco me aprovecha.
Derramaré desde aquí
Mis lágrimas no hablando,
Porque quien muere callando
Tiene quien hable por sí.*

(Música.)

Secuencia IV

Ideales femeninos

NARRADOR.- ¿Me engaño si creo que Garcilaso amó a las mujeres cultiparlas, mas también a las mujeres de Diana? Que Diana y Apolo no podían hacer malas migas, siendo hermanos.

GARCILASO.- No, mas por su parte Apolo cultivó siempre los dones de Venus, la diosa del amor; aun siendo esta diosa rival de su hermana, la doncella cazadora.

NARRADOR.- Una bella *Égloga* de Garcilaso muestra una maravillosa mujer, desdeñosa y defensora de su honestidad. Su nombre era Camila, y algo quería decir Garcilaso con ella...

GARCILASO.- Sí, mi buen hidalgo. Mas no he de abandonar el silencio y no he de descubrir una identidad que, en fin de cuentas, nada le diría a vuestra merced al cabo de los siglos. Sobre todo, si no puede contemplar la infinita belleza de aquella armonía de rostro y alma...

NARRADOR.- Respeto ese silencio, que si no lo hiciese, alguna brava mujer me lo reconviniere. Mas, aguarde vuestra merced. (**Señala a la mujer.**) Allí, allí está la ninfa. Va a ver cómo las gasta. No dejará de sorprenderle a vuestra merced su terrible música, por mucho que la letra sea de Garcilaso. Ahí la tiene. Va de caza. Corre, se agita, lucha.

² Coplas, III.

Pobre del corzo como caiga en sus manos.

ELLA.- (Como la Camila de la *Égloga II*. Agitada por la carrera y la caza.)

*Si desta tierra no he perdido el tino
Por aquí el corzo vino, que ha traído,
Después que fue herido, atrás el viento.
¡Ay, viento fresco y manso y amoroso,
almo, dulce, sabroso!, esfuerza, esfuerza
tu soplo, y esta fuerza tan caliente
del alto sol ardiente ora quebranta,
que ya la tierna planta del pie mío
anda a buscar el frío desta hierba.
¡Y antes Camila muera que padezca
Culpa por do merezca ser echada
De la selva sagrada de Diana!³*

(Se «adormece».)

NARRADOR.- (Le hace una seña a GARCILASO. En un susurro.) Se ha dormido. (Se pone en el papel de Albanio, de la misma *Égloga*, pero con continuos gestos a GARCILASO. Éste reirá por lo bajo de los visajes y guiños del NARRADOR-Albanio.)

*Si mi turbada vista no me miente⁴,
Paréceme que vi entre rama y rama
Una ninfa llegar a aquella fuente.
¡Oh, santos dioses!, ¿qué es esto que veo?
¿Es error de fantasma convertida
en forma de mi amor y mi deseo?
Camila es ésta que está aquí dormida;*

³ De la *Égloga II*.

⁴ Desde este verso hasta el verso «Siendo tuya la culpa conocida», de la *Égloga II*.

*No puede de otra ser esa hermosura.
La razón está clara y conocida:
Una obra sola quiso la natura
Hacer como ésta, y rompió luego apriesa
La estampa do fue hecha tal figura.
Si solamente de poder tocalla
Perdiese el miedo yo... Mas ¿si despierta?
Si despierta, tenella y no soltalla.*

ELLA.- (Con furia.)

¡Socórreme, Diana!

NARRADOR.- (Atemorizado.)

*¡No te muevas,
Que no te he de soltar; escucha un poco!*

ELLA.- (Indómita.)

*¿Quién me dijera, Albanio, tales nuevas?
¡Ninfas del verde bosque, yo os invoco!
¡Yo os pido socorro desta fuerza!
¿Qué es esto, Albanio? Dime si estás loco.*

NARRADOR.-

*Locura debe ser la que me fuerza
A querer más que el alma y que la vida
A la que aborrecerme a mí se esfuerza.*

ELLA.-

*Yo debo ser de ti la aborrecida,
Pues me quieres tratar de tal manera,
Siendo tuya la culpa conocida.*

**(A estas alturas, el ímpetu y el vigor de «Camila» han
postrado el poco ánimo del NARRADOR/Albanio.
GARCILASO se ve obligado a intervenir.)**

GARCILASO.- (Aplaude tenuemente. Ella se retira.)

Bravo, mi buen hidalgo. ¿Queréis decir que era éste uno de mis ideales femeninos?

NARRADOR.- Sí, que así lo sospecho. Y sin duda vuestra merced sabrá enfrentar a la amazona con otras armas, que las mías son muy vacilantes.

GARCILASO.- Intuís bien, hidalgo. Mujer así, es mujer dos veces. No gusto de débiles criaturas, sino de bravas cazadoras. Pero Camila es mujer de Diana, sin parte de Venus, y eso nos hace ajenos a ella y a mí. Hubo un día en que creí saber que mi amor era siempre para mujeres que estaban entre Diana y Venus. Y más aún si estaban tocadas por el don de Apolo.

NARRADOR.- Muchos dones debió tener doña Elena de Zúñiga, santa esposa de vuestra merced.

GARCILASO.- Eso es muy desemejante, hidalgo. Por doña Elena de Zúñiga, mi esposa, sentí profundo y notable respeto. Pero ni era mujer de Diana ni era mujer de Venus. Algo sí lo era de Apolo, y aquello acrecentó mi devoción más todavía. Mas doña Elena fue siempre mujer de Juno, mujer de Hestia, no mujer de Venus. Y con esto ¿qué más puedo decir?

NARRADOR.- Sí, creo que todo es diáfano, si se quiere entender.

ELLA.- (Interrumpe.) No seáis ingenuo, señor cronista. Que ese poeta soldado y su amigo, esa buena pieza llamada Boscán, bien que parecían llorar de amores, pero bien que se consolaban pronto.

GARCILASO.- ¿Cómo podéis asegurar eso, señora?

ELLA.- Porque lo dice vuestra misma Musa. **(Recita.)**

*Culpa debe ser quereros
según lo que en mí hacéis;
mas allá lo pagaréis,
do no sabrán conoceros,
por mal que me conocéis⁵.*

⁵ Canción, habiéndose casado su dama (Copla II). En un manuscrito del sg. XVI esta copla se titulaba *A doña Isabel Freyre, porque se casó con un hombre fuera de su condición*. Ese hombre sería don Antonio Fonseca, al que también se aludiría en la *Égloga I...* si la historia del amor por Isabel fuese cierta, lo que hoy se empieza a considerar más

GARCILASO.- (Sonríe. Continúa el recitado.)

*Por quereros, ser perdido
pensaba, que no culpado;
mas que todo lo haya sido,
así me lo habéis mostrado
que lo tengo bien sabido.*

ELLA.- (Burlona.)

Quién pudiese no quereros...

GARCILASO.- (Serio. Pero no demasiado.)

Tanto como vos sabéis...

ELLA.-

Por holgarme que paguéis...

GARCILASO.-

Lo que no han de conoceros...

AMBOS.-

Con lo que no conocéis.

(Ríen los dos.)

NARRADOR.- Bueno, bueno... Creo que estoy promete más de lo que parece.

ELLA.- Una copla así demuestra que la desesperación nunca llega demasiado lejos en el tierno corazón del poeta soldado. Pueden seguir vuestras mercedes ese coloquio, es muy propio de hombres cuando no hay mujeres delante.

(La mujer vuelve a eclipsarse.)

NARRADOR.- ¿De veras defendisteis el amor de vuestro amigo Mario Galeota hacia una dama llamada Violante Sanseverino?

legendario que auténtico.

GARCILASO.- Ay, cuánto duele escuchar esos nombres, que nada hay peor que recordar el tiempo feliz en la desdicha. Galeota, Violante... Y otros nombres que recuerdo y que pronunciar no quiero. Sí, defendí su amor. Y me defendí de él por la hermandad de los afectos.

NARRADOR.- Amaba vuestra merced también a doña Violante.

GARCILASO.- No, mas a alguien de muy cerca y que se asemejaba.

NARRADOR.-

*... mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada
y alguna vez con ella
también sería notada
el aspereza de que estás armada.*

GARCILASO.-

*Y cómo por ti sola
Y por tu gran valor y hermosura
Convertido en viola
Llora tu desventura
El miserable amante en tu figura.
Hablo de aquel cautivo,
De quien tener se debe más cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado⁶.*

NARRADOR.- ¿No sabe vueced, buen Garcilaso, que además de defender otro amor con estos versos, y con estos versos defender un amor vuestro oculto, también concibió por vez primera *la lira* con estos versos?

GARCILASO.- ¿Que concebí...? No entiendo lo que quiere decir vuestra merced, hidalgo.

NARRADOR.- Que Garcilaso hizo un descubrimiento, y

⁶ De la *Oda a la flor de Gnido* (Canciones, V)

que los que vinieron después de él lo llamaron *lira*, porque esta palabra incluía el primero de sus versos: «Si de mi baja lira...».

GARCILASO.- Pero yo no descubrí eso. Se lo debo a Bernardo Tasso, que fue quien primero lo tanteó.

NARRADOR.- No sea modesto, mi señor Garcilaso. Vuestra merced inventó -como decimos en mi tiempo: inventar-. Y lo que inventó fue nuevos versos. Mas también enseñó a la posteridad a ver el amor de muy otro modo.

GARCILASO.- No acabo de entender eso de que inventé nuevos versos. Pero lo que no entiendo de ningún modo es que enseñara a nadie a ver de otro modo el amor. ¿Qué otro modo es ese, y a qué amor se refiere, hidalgo?

ELLA.- **(Interrumpe, como en anteriores ocasiones.)** Pregunta, Garcilaso, pregunta a ese hidalgo que viene a interrogarte desde otro siglo. Pregunta, que no te va a saber contestar. En cambio, y o podría decirle de qué forma me enseñaste a amar a mí, una muchacha cuando fijaste en mí tu mirada. Una sencilla hija de las tierras de Extremadura en que Garcilaso tenía derechos de montazgo de los ganados que por sus tierras pasaran. Y otros derechos de señorío de mayor sonrojo. Era yo una jovenzuela que veía el mundo con mansedumbre, aunque no con inocencia. Y que nunca creyó que el uso y el abuso de su honestidad llevaría un día al joven señor a convertir a los pastores en absortos enamorados. El sudor del trabajo de los pastores de Extremadura se convirtió con el tiempo en los Silicios y los Nemorosos de mi señor Garcilaso. ¡Vaya pastores! ¡Como si nunca hubiera visto él pastores de verdad!

GARCILASO.- ¡Elvira...! ¿Te llamas Elvira, muchacha?

ELLA.- ¿Y qué, si me llamo Elvira o me elviro yo en mí misma sin que a nadie consienta que se me elvire...?

GARCILASO.- Tenías que saber, Elvira o como quiera que te llames, que te tuve en cuenta en mi testamento, el que redacté antes de irme a esa Italia y a esa Francia de las que nunca regresé.

ELLA.- A buen hora, y buena manda que hiciste, Garcilaso...

GARCILASO.- **(Rememora el testamento.)**

Yo creo que soy en cargo a una moza de su honestidad. Llámase Elvira; pienso que es natural de la Torre, o del

Almendral, lugares de Extremadura, a la cual conoce don Francisco, mi hermano, o Bariana, el alcaide, que era de los Arcos, o Sara, su mujer; éstos dirán quién es. Envíen allá una persona honesta y de buena conciencia, que sepa della, si yo le soy en el cargo sobredicho, y si yo le fuere en él, denle diez mil maravedís. Y si fuere casada, téngase gran consideración en esta diligencia a lo que toca a su honra y a su peligro⁷...

NARRADOR.- Señora, Elvira o como quiera que os llaméis, y a habéis visto que Garcilaso hizo cuanto estuvo en su mano.

ELLA.- En su mano de escribir, no en la mano de su alma. Que él puso la pluma y se fue con el atambor. Y yo quedé con la deshonor, que por lo que veo, fue además secreta para él, mientras era proclama para los vecinos. Esa es la lección de amor de quien vos, hidalgo, consideráis poeta del amor. ¿Creéis que fue para mí consuelo esa poesía? Tendríais que haberlo oído jurar pasiones. Y ahora, hidalgo, le proponéis como enseñanza de amores. No sé si reír, no sé si llorar.

(Música.)

NARRADOR.- ¿Nada decís, mi señor Garcilaso?

(Silencio. Sobre el silencio, continúa la música.)

ELLA.- ¿Qué puede decir, si está dicho todo?

(Se sobrepone la música.)

Secuencia V

Armas, letras, amores

⁷ Testamento.

ELLA.- Señor Garcilaso, contino, soldado, maestre de campo: viene vuestra merced de una época en que las armas son creídas superiores a las letras. No pasaron cien años cuando las armas empezaron a tener mucho desprestigio. Eran demasiadas armas, era demasiada carga. Y hubo alguien que se sintió obligado a defender las armas ante la victoria moral de las letras. Lea, lea vuestra merced, si no lo tiene a mal.

GARCILASO.- *«Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen. Porque la razón que los tales suelen decir, y a lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento; o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército, o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales a saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo»*⁸.

(Durante la lectura, se ha retirado la mujer, y ahora el interlocutor es el NARRADOR.)

NARRADOR.- Se preguntará quién eso escribió.

GARCILASO.- No puedo saber quién fue, si vivió cien años después de mí. Se advierte que era alguien que amaba las letras, pero que profesó las armas, que fue soldado...

NARRADOR.- Fue soldado, fue herido en un brazo en la gran batalla y ocasión que nunca vieran los siglos, y escribió el mayor de los libros.

GARCILASO.- Mas por ese fragmento se comprende que defendía las armas de un desprestigio que crecía y

⁸ Quijote, I, XXXVII.

crecía. Creedme, entiendo la defensa de ese ingenio, pero más entiendo y admito ese desprestigio. Supe lo que son las armas, y sólo puedo decir, como militar, que la guerra es siempre cruel, es siempre injusta, es siempre depredadora de la inocencia. Y lo es aún más cuando se declara con prepotencia, con abuso, con más grandeza de tamaño que de alma. Porque entonces es, hidalgo, la abyección, el envilecimiento. ¿Se dan todavía tales desmanes en ese siglo vuestro, hidalgo?

NARRADOR.- ¿Que si se dan...? Mi señor Garcilaso, ahora es tan terrible, que pendemos de un hilo. Pero ya le dije a vuestra merced que no quiero hablar de mi tiempo, que sólo quiero referirme a Garcilaso y a sus días. Así, pues, ¿cuál considera vuestra merced que es su verdadero oficio?

GARCILASO.- Es bien conocido. Soldado soy.

NARRADOR.- ¿Y no poeta?

GARCILASO.- ¿Poeta? En mis ocios, trazo versos, con amigos míos.

NARRADOR.- ¿Amigos como Boscán?

GARCILASO.- Como Boscán, sí. ¿Conoce vuestra merced a Boscán?

NARRADOR.- Diga vuestra merced, señor Garcilaso, si no lo toma a indiscreción: ¿era acaso Boscán tan enamorado como lo quieren demostrar sus versos?

GARCILASO.- Eso, y aun mucho más, caballero. Mas, ¿de qué asombrarse? Amar era condición de poesía. Sin amor, ¿qué poesía puede haber?

NARRADOR.- Tiene razón, señor Garcilaso. Permita vuestra merced que traiga aquí un recuerdo de Boscán como poeta. **(Lectura jocosa.)**

*Aun bien no fui salido de la cuna,
Ni del ama la leche hube dejado,
Cuando el amor me tuvo condenado
A ser de los que siguen su fortuna.*

GARCILASO.- **(Continúa espontáneamente.)**

*Diome luego miserias de una en una,
Por hacerme costumbre en su cuidado;*

*Después en mí de un golpe ha descargado
Cuanto mal hay debajo de la luna.
En dolor fui criado y fui nacido,
Dando de un triste paso en otro amargo,
Tanto que si hay más paso es de la muerte.*

NARRADOR.- *¡Oh corazón, que siempre has padecido!*

GARCILASO.- *Dime: ¿tan fuerte mal, cómo es tan largo?*

NARRADOR.- *Y mal tan largo, di:*

GARCILASO.- *¿Cómo es tan fuerte?*⁹

(Ríen ambos.)

NARRADOR.- Nunca creí que recitaría a Garcilaso con Garcilaso mismo, con el gran poeta de la lengua castellana.

GARCILASO.- Ya dije que soy soldado. Fui contino del emperador, y su maestre de campo en la lucha contra la felonía del rey francés, el hombre más deshonorado de este mundo, capaz de aliarse con el turco o con el pirata Barbarroja con tal de debilitar la cristiandad del César. Fui soldado, y no sabía que se pudiera ser de labor poeta. ¿Es tan feliz el siglo en que vuestra merced vive que hay faena de poeta?

NARRADOR.- No, no crea vuestra merced en milagros. No hay profesión de poeta. Hay oficio, y hay profesión de fe. Pero no profesión en el sentido de menester. Es más, en nuestra época se piensa que no es bueno para la poesía profesarla de ese modo.

GARCILASO.- Creo que no os comprendo.

NARRADOR.- Tampoco yo. No me pregunte vuestra merced por cosas de mi tiempo, que no acabo de entenderlo. Tal vez por eso me preocupo tanto del suyo, a ver si en él encuentro ejecuciones que se le acomoden. ¿No le importa a vuestra merced que recuerde de nuevo a Boscán?

GARCILASO.- Cómo iba a importarme, si fue mi gran

⁹ Boscán, XXXIII (Soneto).

amigo.

NARRADOR.- También recordará vuestra merced a Baltasar de Castiglione, que escribió el muy profundo libro *El cortesano*, que trajo a española lengua precisamente la pluma de Boscán.

GARCILASO.- Sí. Fue Boscán el que, conocedor de la corte, quiso traer la agudeza de Baltasar de Castellón a lengua romance. Y eso que a él lo vi siempre aborrecerse con los que romanzan libros. Pero es que él a esto no lo llama romanzar, ni yo tampoco, mas aunque lo fuera, creo que no se excusara dello mandándolo quien lo mandó¹⁰.

NARRADOR.- Y lo mandó Doña Jerónima, si no me equivoco.

GARCILASO.- ¿También sabe eso vuestra merced? ¿Llegó también lejos este libro del *Cortesano*?

NARRADOR.- Y tan lejos, señor Garcilaso, que nadie osó traducirlo, digo romanzarlo de nuevo, desde aquellos entonces. Y esa carta de vuestra merced a doña Jerónima quedó como proemio de tan hermoso libro romanzado.

GARCILASO.- He de celebrarlo, que fue muy principal el beneficio que se le hizo a la lengua castellana en poner en ella cosas que merecieran ser leídas, porque yo no sé qué desventura ha sido siempre la nuestra, que apenas ha nadie escrito en nuestra lengua sino lo que se pudiera excusar¹¹. ¿No ocurre así en vuestro tiempo, señor gentilhombre?

NARRADOR.- Sí, sí ocurre. Escríbese mucho que pudiera excusarse, o que resulta molesto y nocivo por su propia cantidad... Pero veo que entramos de nuevo en cosas del tiempo mío, y eso me alarma, que soy yo quien pregunta y vuestra merced quien es invocado. Sabréis que fue Boscán quien insistió en que se dieran a conocer vuestros escritos después de vuestra muerte, y que sin él ahora no guardaríamos memoria de Garcilaso.

GARCILASO.- ¿Fue él el responsable? Era de temer, oyéndoos, gentilhombre, y oyendo lo que oído tengo en otros siglos que también me despertaron. Tendré que toparme con Boscán y reprochárselo el día que le vea por las doradas márgenes del río.

¹⁰ Carta 1, paráfrasis.

¹¹ *Ibid.*, id.

NARRADOR.- No le reproche nada a Boscán, señor Garcilaso, que ya lo hizo alguna vez por ser corazón demasiado amatorio, y después vuestra merced tuvo que reconocer de sí mismo que también lo era. ¿No recuerda sus propios versos? «*Boscán, vengado estáis, con mengua mía...*».

GARCILASO.-

*Boscán, vengado estáis, con mengua mía,
De mi rigor pasado y mi aspereza,
Con que reprehenderos la terneza
De vuestro blanco corazón solía;*

*Agora me castigo cada día
De tal selvatiquez y tal torpeza,
Mas es a tiempo que de mi bajeza
Correrme y castigarme bien podría.*

*Sabed que en mi perfecta edad y armado,
Con mis ojos abiertos, me he rendido
Al niño que sabéis, ciego y desnudo.*

*De tan hermoso fuego consumido
Nunca fue corazón; si preguntado
Soy lo demás, en los demás soy mudo¹².*

ELLA.- «*En lo demás, soy mudo*». ¿Habéis comprendido, señor cronista? Es mudo, porque no ha de decir cuyo es su amor.

NARRADOR.- Mucho honra a Garcilaso ese amor por el secreto. Pero mucho nos molesta a quienes le interpelamos desde el tiempo, que más saber querríamos de él y sus amores.

ELLA.- Que amores tuvo y que poesía le dieron los amores: a qué más y a qué detalles.

GARCILASO.- Sabia dama la que os opone esos afeamientos.

¹² Soneto 28.

ELLA.- No me jalee vuestra merced, señor Garcilaso, que en este siglo las mujeres a menudo demuestran lo que en el vuestro ocultaban.

GARCILASO.- ¿Y qué es ello que no quiere ocultar vuestra merced?

ELLA.- Debería saberlo, Garcilaso, pero acaso sea cierta esa candidez que pretende ese rostro, y no jactancia.

GARCILASO.- De nada me jacto, y menos ante dama de tales prendas.

ELLA.- Y yo no oculto sino lo inexcusable, y menos ante tan enamorado caballero.

GARCILASO.- Enamorado, sí. Bien lo habéis visto.

ELLA.- Sé ver el amor, mi Garcilaso. Y sé ver cuando he de dejarlo ver.

GARCILASO.- Luego lo que no ocultáis, es...

ELLA.- Es que le voy cobrando afición, Garcilaso. Y algo me dice que Garcilaso me corresponde.

GARCILASO.- Os corresponde, dama del siglo, y más que corresponder... Creo que habré de echar mano de nuevo de Boscán, pero en muy otro tono:

*Si no os hubiera mirado,
No penara,
Pero tampoco os mirara.
Veros harto mal ha sido
Mas no veros peor fuera;
No quedara tan perdido,
Pero mucho más perdiera.
¿Qué mira aquél que no os viera?
¿Cuál quedara,
Señora, si no os mirara?*¹³

(Silencio. Se miran, conmovidos.)

¹³ Boscán, II, Villancico.

NARRADOR.- (Que ha asistido, algo intimidado, al intercambio de piropos de ambos.) ¡Qué diría el bueno de Juan Boscán si esto viera! Sus versos de pie quebrado, y su mismísima blandura de corazón. Si la cosa sigue así, tendré que pedir licencia, que no hay que importunar a los tórtolos, y éstos van camino de la tortolez. Como no sea que este narrador mucho desatine.

(Música.)

Secuencia VI

Muertes de hermano

NARRADOR.- En 1528, el joven emperador Carlos V apremia al papa Clemente VII para que convoque un concilio. Son tiempos de herejía, a la vez que tiempos de peligro turco.

GARCILASO.- Mostrábase el César lo mismo que Constantino. No soy cabeza de la iglesia, se decía a sí mismo, mas obligado me veo a instar al sucesor de Pedro a un concilio para atajar la herejía luterana, cual hizo Constantino con la multitud de credos que poblaban la incipiente cristiandad. Mas no consiguió Carlos un concilio como el de Nicea.

NARRADOR.- Y mucho había de tardar en comenzar sus sesiones el Concilio de Trento.

GARCILASO.- ¿Trento?

ELLA.- No atosigue a Garcilaso con Trento ni con historias... Nadasupo GarcilasodeTrento. Después de todo, mejor para él.

GARCILASO.- Había que vencer al francés para edificar la Europa de la paz perpetua. Pero el francés era felón, y el papa traidor, y la lucha incierta.

ELLA.- Peor que incierta fue la lucha. Luchó Carlos contra monstruos como el papado y el rey Valois y los luteranos. Y acabó convirtiendo su proyecto en monstruosidad. Quécaras

pagasteis los Laso de la Vega vuestras lealtades y vuestras deslealtades. Pero más cara os fue vuestra lealtad a ese emperador que apenas balbuceaba vuestra lengua, aunque su gente flamenca sabía contar y almacenar la riqueza arrancada a Castilla. Muy cara, porque muy pronto se llevó la vida de don Hernando de Guzmán, vuestro hermano pequeño.

GARCILASO.- Hernando, tierno zagalillo.

ELLA.- Que no murió por las armas, sino por la peste.

GARCILASO.-

*No las francesas armas odiosas,
En contra puestas del airado pecho,
Ni en los guardados muros con petrecho
Los tiros y saetas ponzoñosas;*

*No las escaramuzas peligrosas,
Ni aquel fiero ruido contrahecho
De aquel para Júpiter fue hecho
Por manos de Vulcano artificiosas,*

*Pudieron, aunque más yo me ofrecía
A los peligros de la dura guerra,
Quitar una hora sola de mi hado;*

*Mas infición de aire en solo un día
Me quitó al mundo y me ha en ti sepultado,
Parténope, tan lejos de mi tierra¹⁴.*

ELLA.- Tan lejos, en Parténope, esto es, en Nápoles. A los veinte años. No pudieron con él las armas de fuego; no la pólvora del cañón; no las armas de filo. Tuvo que ser la peste, la infición. Así hicisteis hablar a vuestro hermano, en vuestra poesía, después de muerto.

GARCILASO.- Allá le acompañé, sin embargo, los días que feliz transcurrí en la ciudad de la bahía. Allá en Nápoles aprendí cosas que nunca sospeché: el posible parentesco de

¹⁴ Soneto 16, *Para la sepultura de don Hernando de Guzmán*.

la poesía italiana y el de la castellana; los secretos verdaderos de eso que Boscán muy bien conocía, el amor; y los fundamentos que para la convivencia del imperio nos enseñaba el humanismo cristiano de Erasmo y otros preclaros ingenios.

ELLA.- Ay, Garcilaso, feliz que fuiste al morir pronto. Si no, lo mismo que tantos amigos tuyos, habrías tal vez alimentado los procesos de la Inquisición, que quién sabe si no te habría chamuscado por lo menos los pies. Ese querido Erasmo no tardó en ser Erasmo hereje.

NARRADOR.- ¿Y quién atosiga ahora con historias al buen Garcilaso?

ELLA.- Yo misma, tenéis mucha razón ahora, señor narratife. Mas no os apuréis, que ya cejo. No habré de decirle a Garcilaso que fueron su padre y pocos más que su padre los primeros que avivaron esas hogueras de Inquisición en las que iba a quemarse lo mejor del ingenio español y, muy pronto, nuestra honra entre los pueblos. El flamenco Carlos le impuso a España ser mucho, ser demasiado, y serlo pronto y con gran sacrificio. Con sus nietos, conseguimos llegar a ser poco y casi nada, pero en el camino nos quedamos con lo peor de la aventura, y entre lo peor, con la Santa Inquisición.

GARCILASO.- ¿Seguís siendo doña María Pacheco, una María Pacheco que además fuera hereje?

ELLA.- Ay, mi señor Garcilaso, qué candorosos pueden llegar a ser los poetas muertos.

(Música.)

Secuencia VII y última

De tránsitos y exaltaciones

NARRADOR.- Muy belicoso se le ve a vuestra merced

ya desde jovencillo.

GARCILASO.- ¿Y eso quién y por qué lo dice?

NARRADOR.- No se ofenda vuestra merced, mi señor Garcilaso, pero es el caso que tenemos noticias de que al mando suyo, y cuando era un chiquillo de diecisiete o dieciocho años, penetró con una tropa en el hospital del nuncio. No tenemos muchos detalles, sólo que eso le valió reconvenções, regaños, extravío de dineros y un pequeño destierro. Ah, sí, además perdieron todos, y sobre todo vuestra merced, abundantes armas allí usadas de manera harto belicosa.

GARCILASO.- No me hable de aquello, que bien quisiera mantenerlo en el olvido con siete y con setenta llaves. No comprendo cómo suceso de tan poca monta puede haber atravesado la curiosidad de los siglos.

NARRADOR.- No es cualquier suceso, que fue nada menos que un alboroto capitaneado por Garcilaso de la Vega antes de ser poeta, y casi antes de ser hombre.

GARCILASO.- Hombre era, aunque hombre menudo. Pero por ser menudo, tuve que demostrar que la gente de iglesia tenía que temer de mí y de las gentes como yo en responsabilidad de sus abusos.

NARRADOR.- ¿Y consiguió que la iglesia dejara de abusar en Toledo?

GARCILASO.- ¿Qué la iglesia deje de abusar...? ¡Caballero, si vuestra merced vuelve a preguntarme eso consideraré que intenta burlarse de mí, y puede que haya mala consecuencia!

NARRADOR.- Está bien, mi señor poeta y soldado, tengamos en paz la fiesta. Es el caso que servisteis al rey desde muy pronto.

GARCILASO.- Hube de servir al rey -que enseguida se convirtió en emperador- porque alguien de la familia había de hacerlo, que familia apiñada parece atrapada; y, muy al contrario, grupo disperso gana pan aunque pierda peso. Y porque algún modo de vida había de tener, y yo soy segundón, que es mi hermano Pedro el que ha de disfrutar el mayorazgo. Y bien me vale ser continuo en la corte del rey y emperador, mejor que tonsurado en la frialdad de convento o colegiata.

NARRADOR.- ¿Y no pudo vuestra merced dedicarse a la

enseñanza?

GARCILASO.- Ah, la enseñanza. Dile vueltas, mas es muy trabajoso el estudio para lo azaroso de su premio. No me veo adulando a un catedrático para que me permita el honor de hollar su sede, o para ocupar un día otro solio por el estilo. No, si hay que adular a alguien, que sea alguien grande, como el duque de Alba, o como el emperador. Y muy al principio creía yo que armas y letras podían avenirse. Tardé en saber que no era así, y cuando lo supe, pronto fui muerto. Fui contino de oficio, esto es, militar y criado del emperador. Era menester muy viajero, muy cómodo y, por último, muy peligroso. Una vida regalada, salvo en campaña. De donde a menudo se salía muerto. Pero mejor muerto que segundón sin beneficio.

NARRADOR.- Mas al fin consiguió vuestra merced un cargo con Carlos.

GARCILASO.- Eran tantos los extranjeros que allí había, que se pensó que algún castellano acabarían necesitando. Y al fin me necesitaron a mí. O a mis padrinos, todo he de decirlo. No quiero adornarme con plumas ajenas, y he de reconocer que mi cargo de contino y mi cercanía al César se la debo a don Fadrique Álvarez de Toledo, duque de Alba.

ELLA.- Cándido, incauto Garcilaso. Crees ir camino de la gloria, pero vas camino de la muerte. Crees que vas a consolidar tu nombre y tu mayorazgo para los tuyos, pero los tuyos tendrán que valérselas de otro modo. Y no habrá mayorazgo de Garcilaso. Glorioso y funesto mes de mayo de 1536. Faltan sólo cuatro meses para que te den la pedrada que te llevará a la hoya. Y perdona que te hable así, pero al fin y al cabo no te cuento nada que para ti sea nuevo, puesto que bien conoces tu fin en este mundo. En Génova, te nombran maestro de campo, mandas a tres mil infantes, eres capitán del tercio. Trompetería, añafiles, redobles de caja, fuegos de artificio. Un gran desfile delante del César. Es la guerra contra Francia. Es para reír, si no me hiciera llorar, querido, queridísimo Garcilaso, que diste tu vida por la locura del imperio y por sacar adelante tu condición de segundón. Mas... veo que te he ofendido.

GARCILASO.- No me ofendes, mujer. No puede ofenderme quien me dice, sin sarcasmo, que soy su querido, queridísimo Garcilaso. No sé quién seas ahora, aunque antes fueras María Pacheco, o la lejana Elvira, o la adversa Camila, ni sé quién vas a ser más tarde, si prosigue este coloquio junto a la fuente del castillo de mi madre. No lo sé,

pero sé que puedo responderte. ¿Crees de veras que comulgué con los sueños del César o que tuve esperanzas en sacar adelante mi solar, mi escudo y mi mayorazgo? Has de saber que no fue del todo así, y que yo me limité a hacer lo que se me pedía: morir. Y aunque mi agonía fue larga, espero haber sabido morir, pues saber morir honra una vida. Mas también me quejé, y lo hice como supe y con quien pude. Por ejemplo, con Dios, que, como es sabido, no escucha a los hombres, pero es de por sí consuelo cuando la vida fatiga demasiado.

ELLA.- Creo que os comprendo, Garcilaso. ¿Os referís a las intrigas cortesanas?

GARCILASO.- ¿A qué, si no? Fue entonces cuando conocí muy de veras lo que no me era desconocido, pero que nunca había visto en tal demasía y acumulación. Bueno estaba de salud, mas habríalo estado de todas las otras cosas de haber tenido enemigos que valiesen más o que valiesen menos, mas el no valer mucho hacía que me dañaran no como caballeros, y el no ser en todo poco hace que les suceda parte de lo que procuran¹⁵.

(GARCILASO se vuelve de espaldas. Como si se ocultara.)

ELLA.- (Después de un silencio.) Señor narrador, se ve que olvida vuestra merced su oficio. ¿No está para contar la crónica del poeta soldado? Pues ¿qué hace entonces que descuida su deber y cometido?

NARRADOR.- Señora, disimule vuestra merced mi falta, que no es tal, sino discreción. Hablaban vuestras mercedes tan a lo tierno, que no quería yo interrumpir a lo pregonero. Mas si me dan licencia, volveré donde debo.

ELLA.- Cuente, cuente ese triste final. Cuente, que mientras tanto velaré por Garcilaso y le rezaré por el alma.

NARRADOR.- Estamos en 1536, postrer año de la vida de nuestro gran poeta. Entre los días 17 y 25 de julio, las tropas de Carlos atraviesan los Alpes desde Italia, mas muy dolorosamente. Caen sobre Provenza, desolada, destruida por Montmorency, que prefiere que una parte de Francia perezca antes de que sirva de descanso y alimento al ejército

¹⁵ Cf. Carta III, a Fray Jerónimo Seripando.

enemigo. Pocos días después, llegan a Aix-en-Provence. Y a Aviñón, donde los franceses resisten a las tropas imperiales. Cunden las enfermedades en las tropas de Carlos, y cada vez resulta más difícil abastecer a aquellas tropas.

GARCILASO.- El verano está a punto de terminar, y el César ordena la retirada. Estamos a 13 de septiembre. Seis o siete días después...

ELLA.- Seis días después, la mísera fortaleza de Le Muy y la herida de Garcilaso.

NARRADOR.- El emperador mandó ahorcar a los defensores de la torre...

GARCILASO.- Pobre gente.

ELLA.- Pobre Garcilaso. Pobre soldado, y pobre poeta. Pobre padre de familia, pobre tu proyecto de mayorazgo. Porque un mal día, de repente...

(Música. Marcha militar, insistente, llega a lo obsesivo, a lo ominoso. La actriz habla sobre esta música.)

ELLA.- Se acabaron los bellos días de Nápoles. Se acabaron los versos, las Églogas, las fantasías cortesanas. Se acabaron los requiebros con damas dispuestas a vivir, tan ajenas a las mujeres enterradas en vida de Flandes, de Castilla y de Alemania. Se acabó el reino de Eros, de Venus, de Diana, de Apolo. Se acabaron las Musas. Llegó la guerra. Una vez más, la guerra. Mas para vuestra merced, la última guerra.

(Música. La misma. Una y otra vez. Los actores hablan sobre esta música.)

GARCILASO.- Se acabó la vida.

NARRADOR.- No, mi señor Garcilaso. La vida sigue. Aún hay tiempo, aún hay tiempo...

GARCILASO.- No se empecine vuestra merced, no quiera darme cordalejo ni consuelo, que sé muy bien lo qué pasó y cuándo pasó. Ya se lo dije desde el principio de este nuestro coloquio.

NARRADOR.- Francisco I de Valois, rey de Francia, no renuncia ni a Saboya ni al Milanesado, y eso que ha mordido el polvo repetidas veces por causa de Italia.

ELLA.- Por esa época se sitúan las leyendas elaboradas más tarde sobre el caballero Garcilaso de la Vega.

NARRADOR.- Es cierto. Un nuevo Amadís, un nuevo Belanís, un caballero de Febo...

ELLA.- Un nuevo loco que va a servir de ejemplo para que se forje la figura del loco sublime, el que llamarán Don Quijote. De él ya has leído algo sobre armas y letras, y has sabido comprenderlo. Faltan siete décadas para que eso se escriba. Siete décadas y muchos descabros de la monarquía que, aunque hispana, se tragó el sapo flamenco. Ay, Garcilaso, si supiera vuestra merced, qué trágicas ironías tiene la historia. Ese pequeño Alba que tanto os gustaba, Fernando, intentará aplastar a los flamencos que muy razonablemente abandonan la aventura de Carlos y su hijo. Ahora es un hispano el que se impone a los flamencos, después de que los flamencos impusieran su odioso proyecto imperial a una Castilla que podía esperarlo todo del futuro, y que se vio presa de una red de conceptos, palabras y estrategias de un tiempo muerto.

(Durante el anterior parlamento de la actriz ha dejado de sonar la música de marcha. La música se reanuda, con muy distinto carácter, cuando se indique.)

GARCILASO.- A fe, que no os entiendo, señora mía. Quién sois, si sois la que yo creo.

ELLA.- No me entendáis, Garcilaso, que aquí sólo os anuncio dos cosas. El amor que os tengo, y que los siglos no hacen sino acrecentar; y la muerte que se os acerca. La muerte que os aguarda en esa oscura torrecilla de Provenza, en ese verano de 1536. Cuánta gloria para tan mezquina muerte.

GARCILASO.- Mas ahora que os he visto, yo ya no quiero morir. Y aun así, sé que muero y muero durante siglos. Que me han visto morir otros con ojos distintos a los que ahora me dedicáis, porque este recordar mi muerte me trae otras memoraciones. Y sé que llamado he sido por otros siglos, que se empeñaron en verme cada uno a su modo, y no siempre supe entenderlos. Pero nunca siglo

alguno despertome con la dulce mirada, la dura mirada, la tersa mirada, la implacable mirada de amor con que me despierta el siglo vuestro, amada cercana, amada de lejos, amada de nunca, amada que esperaba en el recodo del tiempo.

ELLA.- Junto a la fuente clara de doña Sancha, os digo, Garcilaso mío, que os amo por encima del error, de la guerra y del quebranto. Que os amo en la poesía y en la desdicha. Y que vida, poesía, dicha y gloria inmortal no son posibles juntas, y era preciso que alguien eligiera. Y fuisteis vos, Garcilaso mío, quien eligió. La dicha de unos pocos años, unos cuantos meses. La gloria de siglos y siglos. Ese sois vos, Garcilaso, que en vuestra muerte parecíais un anónimo segundón de familia noble destrozada por las luchas civiles. Y que muy pocos años después ya erais leyenda y motivo de leyenda. Se lo inventaron todo. Que peleasteis con moros aquí y allá. Que vencisteis gigantes al servicio del César Carlos. Que amasteis y os amó una dama portuguesa de la que sin dudarle apenas os disteis cata. Leyendas, leyendas.

GARCILASO.- Dejadme que os repita, mi señora: Mas ahora que os he visto, yo ya no quiero morir.

NARRADOR.- (A modo de despedida, al comprobar que la exaltación de GARCILASO y la mujer le excluyen del relato.)

Pues, señor, poco me queda hacer aquí. Fui yo quien aquí los trajo, señoras y señores míos. Y son ellos los de que aquí me expulsan.

Canción, no has de tener

Conmigo ya que ver, en malo o en bueno;

Trátame como ajeno,

Que no te faltará de quien lo aprendas.

(Este último verso, señalando a ambos.)

Si has miedo que me ofendas,

No quieras hacer más por mi derecho

De lo que hice yo, que el mal me he hecho¹⁶.

¹⁶ Canciones, I.

(Comenzará a eclipsarse el NARRADOR.)

(Música suave, cantarina, lírica. Sobre ella, recitan el actor y la actriz.)

GARCILASO.-

*Nadie puede ser dichoso,
Señora, ni desdichado,
Sino que os haya mirado.
Porque la gloria de veros
En este punto se quita
Que se piensa mereceros;
así que sin conoceros,
nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado¹⁷.*

ELLA.-

*Si quejas y lamentos pueden tanto
Que enfrentaron el curso de los ríos
Y en los diversos montes y sombríos
Los árboles movieron con su canto;
Si convirtieron a escuchar su llanto
Los fieros tigres y peñascos fríos;
Si, en fin, con menos casos que los míos
Bajaron a los reinos del espanto;
¿Por qué no ablandará mi trabajosa
vida, en miseria y lágrimas pasada,
un corazón conmigo endurecido?
Con más piedad debería ser escuchada
La voz del que se llora por perdido*

¹⁷ Coplas, VIII: Villancico.

*Que la del que perdió y llora otra cosa*¹⁸.

(El NARRADOR se ha eclipsado poco a poco, amedrentado por el idilio. GARCILASO y la mujer se miran. Sobre esa mirada, culminación y fin de la música.)

FIN

¹⁸ Soneto 15.